

sus compañeros. Podría, pues, dársele las gracias, suplicándole, al mismo tiempo, no olvidara el remitirnos las noticias que en su opúsculo anuncia, contenidas en las correspondencias de los embajadores venecianos y que se refieran á aquella ocasión memorable.

La Academia, sin embargo, resolverá lo que crea conveniente, que, de seguro, será lo mejor.

JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE.

Madrid, 4 de Octubre de 1878.

---

V

CRÓNICAS DE PAVÍA (1)

Pocos días hace que el que suscribe hubo de informar acerca de un folleto que recuerda los servicios prestados por la ciudad francesa de Compiègne en la época de la batalla de San Quintín. Hoy le toca presentar dictamen, no ya sobre un opúsculo, sino sobre un libro de 261 páginas en 4.º, que, además de la descripción de uno como arrabal de Pavia, encierra dos interesantes crónicas que se refieren á la historia de aquella ciudad insigne, teatro, desde los tiempos más remotos, de sucesos importantísimos, decisivamente influyentes en la suerte de Italia y aun en la de Europa á veces.

¡Pavía y San Quintín! He aquí dos nombres que con cien otros, que es inútil pronunciar en esta docta Asamblea, traen á la me-

---

(1) IL COMUNE DEI CORPI SANTI DI PAVIA E CA' DE' TEDIOLI. *Profillo Storico-descriptivo e Memorie edite ed inedite sui fatti accaduti nel territorio dal 1524 al 1528, e sull'assedio di Pavia del 1655.* Per Dottore Carlo dell'Acqua, V. Bibliotecario della R. Università di Pavia. etc. Con veintiquattro tavole.—Pavía: Tipografia Fratelli Fusi, 1877.—1 vol., 8.º

moria todo un siglo de gloria para las armas españolas. Son dos nombres que forzosamente han de producir en oídos españoles un sonido grato, y mucho más ahora que procede de labios extranjeros; y es fortuna para el que emite este informe el hacerse eco suyo, el repetirlos donde, sin menoscabo del sentimiento patrio, imperan sobre todo la fría razón y el amor á la verdad.

El libro se titula *Il comune dei Corpi Santi di Pavia e Ca' de' Tedioli*, y es su autor el doctor Carlo Dell'Acqua, bibliotecario de la Universidad de Pavía, socio correspondiente de la Diputación de historia patria de Turín y de la Academia fisico-médico-estadística de Milán.

Después de disculparse por traer á la memoria lugar tan pequeño de la vasta y pintoresca llanura de Lombardía, rebatiendo la idea de que, por pertenecer á lo que allí se llama *Paese della bassa*, lo sea de la melancolía y de la niebla, como alguno pudiera creerlo, describe minuciosamente su situación respecto á la ciudad del Tesino, su topografía y producciones agrícolas, su población, industria y comercio, los monumentos, en fin, que la adornan, iglesias, monasterios, casas de campo y granjas, cuanto hace rica, amena y agradable una comarca, siquier sea diminuta, y esté destinada á servir de ornato y de solaz á una gran población que la eclipsa con su numeroso vecindario, sus magnificencias y su historia.

«Se trata, dice el autor, de dar á conocer un rico territorio situado en una hermosa y amena parte del agro de Pavía, notable por su deslumbrador tapiz de verdura y de flores; un territorio en que se alzan casas y casas de campo esparcidas por todos lados sobre risueñas colinas y se extienden vallecillos bañados por el agua de la Vernavola, que serpentea por ellos con graciosos giros, por las del Naviglío, el Navigliacio y otros pequeños canales, que se esparcen por todas partes con ventaja inmensa para la agricultura. Los propietarios aprovechan el relieve natural del terreno para la formación de elegantes jardines; y donde faltaba el beneficio de la naturaleza, lo ha suplido admirablemente la mano del hombre; de manera que no hay punto que no cuente más ó menos con alguna belleza que le sea peculiar.»

Por esto, y la descripción detallada que después se detiene el

autor en hacer de aquella localidad por hábil y bella que sea, como lo es indudablemente bajo el punto de vista literario, y aun por interesante que se haga para los naturales del país, deben importar muy poco en el objeto de este estudio ó informe desde que el tiempo, los trabajos agrícolas y el capricho de los terratenientes han introducido, como no podía menos, en los accidentes topográficos de los alrededores de Pavía tales variaciones, que apenas consentirán un examen útil de los asedios que ha sufrido aquella ciudad, todos interesantísimos y casi todos gloriosos para sus moradores. Exceptuando, pues, alguna localidad citada en las crónicas que contiene el libro del Sr. Dell'Acqua y en otras, así españolas como francesas, de las muchas que en los archivos ó en manos de los particulares existen sobre aquellos sucesos, no se encontrarán ya muchos accidentes en aquel terreno cuya inspección sirva á explicar satisfactoriamente las distintas peripecias de los dos sitios de 1525 y 1655, tan gloriosos para los españoles como para los ciudadanos de una fortaleza que, al decir de un elegante escritor militar, atrae por su situación los huracanes de la guerra.

La Academia no extrañará, por tanto, que después de hacer notar el que suscribe la belleza de las descripciones que constituyen la parte más esencial del libro, como que ocupan en él 144 páginas, y la verosímil exactitud de los dibujos que las acompañan, hábilmente grabados, pase al examen de las dos crónicas que son las que, para nosotros, le dan su verdadera importancia.

La primera, publicada ya hacia 1857 en la *Raccolta di Cronisti e documenti storici lombardi inedita*, de Müller, colección, al decir del Doctor Dell'Acqua, de muy pocos poseída, pertenece á Martino Verri, uno de los defensores de Pavía en el sitio de 1524 á 1525.

En tal concepto, más que las operaciones anteriores y los trances de la batalla del día venturoso de San Matías, trata el cronista de recordar los trabajos ejecutados y las fatigas sufridas por sus conciudadanos en los varios meses que duró el asedio. Y, por cierto, que no le culparíamos por los elogios, no poco exagerados, que les prodiga, si con esas alabanzas no mezclara, ya que no censurar, frases algo depresivas para la fama de aquel varón he-

roico, el Sr. D. Antonio Leiva, de alma impenetrable á impresión alguna de desaliento ni tibieza en el cumplimiento de la honrosa misión que allí se le confiara.

Por ejemplo; al describir el entusiasmo de los habitantes de Pavía cuando supieron la aproximación de los franceses, dice el autor: «Entonces todos los ciudadanos aptos y de armas llevar se »presentaron con el Sr. Juan Mateo de Beccaria, su capitán, al »Sr. D. Antonio de Leiva diciéndole que no abrigara duda alguna »ni perdiese ánimo, porque ellos no faltarían con todas sus fuer- »zas á servirle, estando dispuestos hasta á morir, si era neces- »rio, á su lado», palabras con que cobró muchos alientos (*prese grande conforto*) el Sr. D. Antonio.

Sin meternos á recordar el carácter, sobradamente conocido, de Leiva, vamos, sin embargo, á reproducir la pintura que de él ha hecho un ilustre individuo de esta Academia, á cuyos escritos ha de darse, esto y bien seguro, la autoridad de que carece el que hoy se la presenta. «Prudente, dice el Conde de Clonard, reser- »vado, infatigable, creía, como Metelo, que el secreto era el mejor »resorte para la realización de los designios difíciles; dotado de »un genio vasto y profundo, descubría recursos en el fondo de las »situaciones más desesperadas; asistido de un carácter estoico, »permanecía igualmente impassible en medio de los horrores del »combate, de las sediciones de sus tropas y de los sufrimientos »producidos por la miseria.—Era uno de esos hombres extraordi- »narios que juzgan que nada resiste al doble esfuerzo del ingenio »y de la perseverancia humana, y como todos los seres superio- »res, tenía el privilegio de transmitir el ardor de su alma y la fir- »meza de sus convicciones á los que dependían de él inmediata- »mente.»

¿Necesitaría el Sr. D. Antonio, que es como se le llamaba en el ejército, se le comunicase el valor de otros en ocasión tan solemne, y cuando, elegido para ella, se encontraba á la cabeza de una guarnición que debía ser suficiente, si ha de creerse á esa misma crónica que ahora se examina y que la eleva hasta 4.000 alemanes y varios caballos y hombres de armas? Otros la hacen subir aún á más, y de ellos son, Guicciardini, que dice era de 5.000 alemanes con muchos hombres de armas castellanos, y

Sandoval, que la calcula en 5.000 alemanes, 1.000 españoles y 200 hombres de armas. Pero precisamente en el manejo de los mercenarios y en la conducta con su coronel, por traidor ó flojo, misteriosamente muerto en las estancias del inflexible vascongado, está la demostración de que éste no era hombre á quien las circunstancias más difíciles hiciesen desistir de sus propósitos leales, ni de sus proceder siempre y hasta la violencia enérgicos. Llamábanle los tudescos el *Bueno* en el sentido de su valor, y le temían los que con el enemigo militaban, á punto que decía el abad de Nájera en sus cartas al Emperador, que, en la jornada final del sitio, apenas oyeron los alemanes y suizos de Francisco I que eran acometidos en su retaguardia por el *Gut*, se entregaron á la fuga más vergonzosa.

*Lo que hay es que Leiva*, conociendo la adhesión de los de Pavía, «la ciudad, según Sandoval, que con más fidelidad y muestras de amor siguió la parte de Carlos V entre todos los lugares de Lombardía,» la aprovechó hábilmente repartiendo entre los moradores á los alemanes, tan difíciles de mantener, convirtiendo en moneda la plata que pudo haber á las manos, y utilizándolos para los servicios propios de su condición y aptitud. Claro es que esa adhesión y el valor, en aquella ocasión antiguo, de los papientes, contribuyeron á que el sitio se prolongase nada menos que cuatro meses, el tiempo que Pescara necesitó para reorganizar el ejército y reforzarlo con los auxiliares que Borbón llevó de Alemania; nuestra lealtad no puede negarlo ni la gratitud española olvidarlo. Pero de eso á suponer, como lo hace Verri, que la actitud de los habitantes de Pavía fué la que dió valor y devolvió la confianza á Leiva, hay una distancia que no puede salvar sin protesta el amor propio de los españoles, tan acostumbrado á la memoria de defensas más difíciles y aun más trabajosas y cruentas que la de Pavía.

Lo que allí brilló sobre todo fué la habilidad; esa no podía achacarse más que á Leiva, y la relación misma que vamos examinando la revela á cada hecho de los que conmemora. El ataque del puente del Tesino acometido por los franceses el 7 de Noviembre de 1524, tan ejecutivamente rechazado; la rotura de aquel mismo puente y las obras de fortificación ejecutadas en los fosos

por si el enemigo lograba retirar las aguas del río que los inundaba; las salidas de los días 22 de Diciembre y 17 de Febrero siguiente, en que tan rudamente fueron escarmentados los griñones y los italianos de la banda negra á las órdenes del célebre Juan de Médicis, que fué allí gravemente herido; la quema de San Lanfranco, convento y posición de tanto nombre en estas crónicas; el rompimiento del muro para la ocasión de la batalla, y, más que todo, la disciplina que impuso y la sagacidad que desplegó con las tropas de la guarnición y el vecindario de la ciudad, colocan, en efecto, á D. Antonio Leiva en primera línea entre los defensores de plazas que recuerda la historia. La crónica objeto de este informe trata de anublar algunas de estas circunstancias, para que así resplandezca más la conducta de los compatriotas del autor, tarea no fácil, sin embargo, con las noticias que ya existen sobre aquel glorioso suceso, de tantas y tan diversas procedencias.

Las que la crónica da, son, á no dudarlo, muy curiosas y útiles para el estudio del sitio. No así las que se refieren á la batalla del 24 de Febrero, muy sucintas é inexactas, sobre todo en lo relativo á la prisión del monarca francés, que deja muy oscura, dando lugar al Sr. Dell'Acqua para con la trascripción de otros documentos á propósito escogidos, atribuirle á soldados italianos, y principalmente al forlivense Cesare Hercolano, criado de Alarcón. Es afán muy general y hasta cierto punto disculpable en los pueblos, el de acaparar para los suyos la mayor suma de glorias, aun arrebatando á los otros las más legítimas, como lo es, y no pocas veces fundado, el de revolverse contra los mismos amigos ó aliados, por las violencias que las necesidades de la guerra imponen á veces, ó se permite una soldadesca difícil de refrenar en ocasiones extraordinarias. El papiense Verri tenía que lamentar las desgracias de su ciudad natal como envanecerse de sus sacrificios, y no olvida, al parecer, ni una sola de las vejaciones cometidas por la guarnición. La española, que no pocas veces hubo de apelar á sus propios fondos para no desprenderse de la cooperación de sus auxiliares mercenarios, esguízaros ó tudescos, dejándose llevar de su carácter y casi siempre de la necesidad, cometería, y ¿para qué negarlo? cometió exacciones hasta ultrajantes allí y en

todos los teatros de la guerra. Y como nosotros los españoles nos quejamos de la conducta de los franceses, ingleses, alemanes y portugueses que han peleado en la Península, aun en son de amigos, los italianos del siglo xvi se lamentan de nuestros procedimientos, recordándolos entonces Maquiavelo y Guicciardini, y recientemente Manzoni, para protestar de las intervenciones extranjeras. El saco de Roma, aun siendo de naciones que los extremaron con sus atropellos heréticos, ha dejado en Italia un recuerdo que costó mucho borrar á los españoles en 1849 con su admirable conducta y á fuerza de una generosidad sin ejemplo en los demás ejércitos.

Verdaderamente, quien lea la crónica de Martino Verri oscilará entre la conveniencia de la victoria y la del vencimiento para los de Pavía, en los varios sitios que hubo de sufrir en el tiempo que medió desde la invasión de Francisco I, vencido y prisionero al pie de sus murallas, y la de Lautrech, vencido también, y muerto en 1528 á la vista del Vesubio. Unas veces los franceses, otras los lombardos mismos de Francesco Sforza, su duque, y otras los venecianos, alemanes y españoles, no dieron á los de Pavía punto de reposo, ni aun les dejaron qué comer en ocasiones; y no son, de consiguiente, sino muy naturales y disculpables sus lamentosos desahogos.

Uno hemos encontrado, sin embargo, en la crónica del Verri que nos ha llenado de asombro. Fúndalo en una, que supone, orden emanada de la autoridad de Leiva, cuando ya mandaba en Milán durante la última de las irrupciones francesas citadas, para que Ludovico Balbiano, gobernador de Pavía y victorioso hasta entonces en cuantos ataques había Lautrech emprendido contra la plaza, la abandonase con el fin, dice, «de que, saqueando los enemigos la ciudad, se dispersarían en su mayor parte con el botín, yéndose ricos á su patria para no seguir á sueldo de los franceses, con lo que Lautrech, hallándose así sin ejército, ó con uno muy corto, se vería obligado á abandonar la empresa de Nápoles, que era de más importancia y causaría mucho más daño que la pérdida de Pavía».

Esa queja, que de tener verdadero y sólido fundamento acusaría en Leiva un maquiavetismo feroz, como apoyado en el frío y

horrible sacrificio de toda una ciudad que ya podía considerarse española, inocente y leal, encierra una calumnia tan torpe como gratuita que el Sr. Dell'Acqua no ha debido dejar sin correctivo.

Sandoval dice: «Los naturales de Pavía, viéndose tan fatigados, rogaron humildemente á Barbiano que si no tenía piedad de sí ni de sus soldados, que se apiadase de aquel pueblo y de los males que había de padecer entrándoles por fuerza los franceses. Y aunque estuvo duro este capitán en quererlo hacer, viéndose ya forzado, envió un trompeta á Lautrech que tratase de medios para entregarle la ciudad.»

Cereceda, á su vez, asegura que Leiva acudió á hacer diversión á los sitiadores de Pavía con 2.000 españoles, 2.000 italianos, 100 hombres de armas y caballos ligeros y cuatro piezas de artillería, fuerza con la que después de una fuerte escaramuza, y aun saliendo victorioso en ella, comprendió le sería imposible romper á los de Lautrech, que al fin, entraron en Pavía y la saquearon por espacio de ocho días.

Pero ahí está el mismo Guicciardini, que no iría á disculpar á Leiva en suceso tan grave para una ciudad italiana, y que dice lo siguiente: «Y no menos lo rechazó Belgioioso (Belbiano) al suplicarle el vecindario de la ciudad que le permitiese, para evitar el saqueo y la destrucción de ella, el que se arreglara con los sitiadores; pero habiendo Lautrech continuado el ataque cuatro días y echado por tierra una extensión tal de muro que los defensores no bastaban á reparar, mandó, al fin, un trompeta á Lautrech, etc.»

Bien patente queda, pues, la falsedad del aserto del cronista Verri, el cual, de ser cierto, no sólo entrañaría, como se ha dicho, una crueldad injustificable de Leiva, sino una torpeza, además, que muy luego pondrían de manifiesto la presencia de Lautrech en las inmediaciones de Nápoles y la destrucción de su ejército por los españoles y la peste.

Pero todos estos datos y otros muchos que ofrece la crónica de Verri, eco de los sucesos de la época que conmemora y expresión de los sentimientos en que abundaría un pueblo tan impresionable y vehemente como el italiano, hacen el libro sumamente curioso y hasta importante para la historia de aquel tiempo. La

cita, además, de trabajos, si impresos antes, ya raros, con que lo anota el Sr. Dell'Acqua, lo hace doblemente interesante para todo el que desee conocer hasta los más minuciosos pormenores. Entre ellos aparecen los dos cantos italianos con que el editor termina esta parte del libro; el primero, de autor anónimo, en octavas reales, y relatando «L'assedio di Pavia con la rotta e presa del Re christianissimo,» y el segundo, escrito por Giovan Andrea Vavassori, y que es una sextina de once estrofas con estribillo asaz picante para el *Rey Caballero*. Los dos son curiosos, ya que no de importancia.

La Academia ha de dispensarme si me he detenido tanto en el examen de un escrito que, al cabo, no ocupa más de 63 páginas en el libro del Sr. Dell'Acqua; la satisfacción del orgullo nacional con recuerdo tan glorioso como el de Pavia, me ha arrastrado contra mi voluntad á extenderme en él con calor y entusiasmo quizás excesivos.

Y lo mismo me acontecería con el «Diario storico dell' assedio di Pavia dell' anno 1655,» que forma la segunda de las crónicas trasladadas al libro, si el Doctor Dell'Acqua hubiera unido á ella los elementos indispensables para su perfecta inteligencia. Considerado militarmente, esto es, bajo el punto de vista técnico, el sitio de 1655 es más instructivo, apartando del anterior de 1525 el estudio de la admirable batalla en que el marqués de Pescara, con la mezcla de los arcabuceros y los hombres de armas, hizo una revolución sumamente transcendental en el arte de los combates. El sitio de que se va á tratar encierra el examen de los medios, ya muy perfeccionados, con que por entonces contaba la poliorcética; y de haberse unido al libro un plano detallado de las fortificaciones de Pavia, se haría mucho más instructiva su lectura.

El Sr. Dell'Acqua no ha debido satisfacerse con la perspectiva caballeresca que ha trasladado á su obra desde los frescos de la iglesia de San Teodoro. Como documento arqueológico es curiosa; pero sirve, á lo más, para indicar el carácter de la ciudad en el siglo xvi. Así para la explicación de su trabajo original, como para la mejor inteligencia de las crónicas que en él incluye, ha debido ofrecer á sus lectores un plano rigurosamente topográfico, con lo que además de las formas del terreno y la situación de los edifi-

cios que describe, hubiera conseguido representar la marcha de las operaciones del sitio, guiando á los historiadores en sus investigaciones sin tropiezo alguno. En la crónica, con cuyo estudio distraigo en estos momentos la atención de la Academia, aparecen formando el recinto de Pavía baluartes y otras obras de fortificación no usadas en los sitios anteriores, permanentes unas é improvisadas las demás á la vista del enemigo, y cuya situación y figura es imposible calcular, haciendo esto imposible también la aquilatación del mérito en los contendientes.

Una cosa resalta, sin embargo, para gloria de nuestra nación: que el baluarte de San Epifanio y la luneta que sin duda cubría uno de los frentes inmediatos, obras las dos que guarnecían los españoles, fueron objetivo de los ataques enemigos, siempre y ejecutivamente rechazados por nuestros compatriotas. El sitio duró cincuenta y dos días; el príncipe Tomás de Saboya, con un ejército de unos 16 á 20.000 hombres, compuesto de franceses, modeneses y piamonteses, y provisto de inmenso material, se vió obligado después de haber sufrido pérdidas que algunos calculan en 8.000 de sus soldados, á abandonar la empresa cuando no podía estorbársela el marqués de Caracena, gobernador de Milán, que carecía de toda clase de recursos militares; y Pavía y su guarnición alcanzaron una gloria que no puede ni debe atribuirse sino á su valor y á su constancia.

En oposición á la crónica de Verri, presenta la anónima del sitio de 1655 la circunstancia de que, sin abandonar la causa de los ciudadanos de Pavía, á quienes prodiga elogios verdaderamente merecidos, nuestra admiración marcada por las hazañas de los españoles y afición á nuestra patria. Hay frases en el escrito que lo revelan bien elocuentemente, y lo demuestra también el cuidado que pone el autor en estampar el rescripto real en que Felipe IV dió las gracias á los de Pavía por su lealtad y ardimiento.

A esta crónica siguen escritos, breves todos, sobre ceremonias, donaciones é investiduras que se han celebrado ó hecho en algunas de las iglesias de Pavía, documentos ni muy curiosos ni tampoco importantes más que para las localidades á que se refieren.

Tal es, en resumen, el libro del Doctor Dell'Acqua, á quien, el

que suscribe, cree que debieran darse las gracias en nombre de la Academia por su atención al enviarlo; manifestándole la importancia que da la misma á un trabajo de interés histórico tan grande para España y tan hábil como concienzudamente desempeñado.

La Academia, sin embargo, resolverá lo que conceptúe mejor.

JOSÉ G. DE ARTECHE.

Madrid, 18 de Octubre de 1878.

---